
¿Qué concepto debemos formarnos acerca de Jesús?

A los estudiantes universitarios a menudo se les asigna alguna especie de investigación; sin embargo, no siempre les gusta hacer investigaciones. Tal vez su actitud hacia la investigación se deba a dos razones. En primer lugar, la investigación es a veces trabajo arduo. Alguien dijo: «No me gusta leer, pero me gustan los resultados de haber leído». A muchos estudiantes no les gusta hacer investigaciones, pero disfrutan de haberlas hecho. En segundo lugar, mucha investigación es imprecisa, es decir, sus resultados no son previsibles. Cuando llevamos a cabo una investigación analizamos lo que sabemos y lo que no sabemos —y a veces esto es mucho más manifiesto que aquello. Un estudiante bien podría llegar al final de algún proyecto de investigación diciendo: «Cuando comencé este proyecto, no sabía nada acerca de este asunto. Ahora que lo he terminado, ¡lo que sé es que nadie sabe nada acerca de él!». Esta es una conclusión que puede ser muy desalentadora.

Hay ciertos asuntos clave sobre los que todos deseamos saber la verdad. No nos satisfacen las opiniones imprecisas e inconclusas acerca de ellos. Lo

anterior reviste un mayor grado de verdad cuando se trata de Jesucristo. Lo que deseamos oír no es la opinión de alguien, ni el planteamiento de unas vagas teorías sobre Él; lo que deseamos saber es la *verdad* sobre Él. Las interrogantes más profundas que nos planteamos sobre Él, son específicas y van al grano: ¿Quién es Jesús? ¿Es de veras el Hijo de Dios? ¿Qué dice Él acerca de la vida y de la salvación?

La Biblia es el único libro verdaderamente exacto en este mundo. Dios nos la dio para que estuviéramos seguros acerca de sus enseñanzas (2 Pedro 1.3). Dios no quiere que vayamos por la vida sin llegar a una conclusión respecto de Jesús. Él quiere que sepamos quién es Jesús y qué vino a hacer. Quiere que conozcamos la verdad absoluta acerca de Él para que podamos, confiada y seguramente, edificar nuestra vida sobre esa verdad.

Es la Biblia la que nos pinta el único retrato auténtico que tenemos de Jesús. Nos dice quién es Él, y nos lo dice de dos maneras: en primer lugar, por los *títulos* con que se le llama; y en segundo lugar, por las *características* que se le atribuyen.

Consideremos detenidamente los títulos que se le dan a Cristo en la Biblia. Si alguien de confianza nos presentara a un hombre como predicador y maestro, sabríamos quién es tal hombre y qué tipo de persona es en el fondo. Los términos «predicador» y «maestro» nos darían una clara imagen de él.

Las Escrituras no nos dejan duda alguna acerca de la identidad de Jesús. Se refieren a Él concretamente, en términos que no pueden ser malentendidos. Conozcamos quién es Él mientras estudiamos minuciosamente los títulos que se le dan a Jesús en las Escrituras.

ES NUESTRO SALVADOR

Primero, las Escrituras le llaman a Jesús «Salvador». La palabra «salvador» se refiere a alguien que rescata a

otro de un grave peligro.

La narrativa del nacimiento, según consta en Mateo, menciona que un ángel se le apareció en sueños a José, quien había de ser el padre terrenal de Jesús. El ángel le dijo:

[...] José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mateo 1.20–21).

Como Ud. puede observar, Jesús no iba a ser cualquier tipo de salvador; iba a ser un Salvador singular. Si un hombre salva a un niño de un edificio en llamas, lo llamamos salvador. Si un hombre les da de comer a personas que se están muriendo de hambre, se le llamará salvador de esas personas. Jesús, en cambio, según las Escrituras, nos salva de nuestros pecados. Es nuestro Salvador espiritual.

Toda persona responsable tiene que confrontar como su dificultad número uno la culpa por el pecado. Alguien dijo que si nos colgáramos una mini-grabadora alrededor del cuello y grabáramos en ella cada palabra que saliera de nuestra boca por un período de cuarenta y ocho horas, fácilmente podríamos concluir que somos pecadores. Si nos sentáramos a escuchar cada palabra, pensáramos en la intención detrás de cada frase, y consideráramos el tono en que hablamos, seguramente concluiríamos que no siempre dijimos lo que debimos haber dicho. De igual modo, podríamos usar una cámara de vídeo para captar cuarenta y ocho horas de nuestra vida. Al repasar cada acción y hecho, fácilmente podríamos ver que somos pecadores. Descubriríamos, asombrados, que muchas veces hacemos lo que no debemos y muchas veces no hacemos lo que debemos. Ni siquiera tenemos necesidad

de que la Biblia nos diga que somos pecadores. Cuando examinamos de cerca nuestras palabras y acciones, sabemos que somos pecadores. Sin embargo, esta es una verdad que la Biblia declara en lenguaje bien claro. Pablo les recordó a los cristianos: «No hay justo, ni aun uno» (Romanos 3.10).

¿Qué se puede hacer acerca de nuestro pecado? No podemos perdonarnos a nosotros mismos. Nuestro pecado no es solamente contra otros seres humanos, es también contra Dios. ¿Quién puede ayudarnos con nuestra necesidad más apremiante? La psicología no puede perdonarnos. El pensamiento positivo tampoco puede. El fingir que no somos pecadores no nos salvará. ¿Qué se puede hacer? La respuesta de Dios a nuestra condición tan desesperada, es Jesús. A José se le dijo que el nombre de Jesús había sido ya determinado en el cielo por la función que iba a desempeñar aquí en la tierra. La noche de Su nacimiento, esto fue lo que el ángel les anunció a los pastores que estaban sobre una colina de Palestina: «[...] os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor» (Lucas 2.11). El propósito principal de la venida de Jesús a esta tierra era el de salvarnos de nuestros pecados (1 Corintios 15.3).

Según narra una conmovedora historia, un valiente y leal soldado del ejército de Napoleón estaba en su tienda de campaña repasando sus obligaciones y asuntos de familia. Había escrito en un papel las deudas que tenía y el dinero que necesitaba para el cuidado de su familia. Una oleada de desánimo le inundó al darse cuenta de que no tenía el dinero que necesitaba para sus deudas y gastos familiares. Sintiendo muy deprimido, escribió en la parte inferior de la página, en la cual había hecho la lista de sus obligaciones financieras, lo siguiente: «¿Quién hay que pudiera pagar todas estas deudas?». Sintiendo derrotado, puso la cabeza sobre el brazo y se durmió. Sin que él lo supiera, Napoleón pasó en aquel

momento por el campamento, revisando las condiciones de sus tropas y evaluando sus fuerzas. Al pasar por la tienda de campaña del joven soldado, llamó pidiendo inspección, pero ninguna respuesta se oyó salir de la tienda. Se dirigió a la tienda y miró dentro de ella. Vio al soldado durmiendo y leyó la conmovedora pregunta que había escrito en la parte inferior de la página. Napoleón extendió su mano, recogió la pluma y escribió debajo de la pregunta: «Yo pagaré», y luego firmó: «Napoleón».

Cuando contemplamos nuestra deuda de pecado y nuestra crítica necesidad de salvación, también imploramos: «¿Quién hay que pueda pagar todas estas deudas?». Alguien mucho más grande que Napoleón ha contestado: «Yo las pagaré». Jesús, el Salvador del mundo, por medio de Su muerte en la cruz, nos ha traído el ofrecimiento de una completa salvación.

La Biblia enseña claramente que Jesús es nuestro único Salvador. Pedro dijo: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4.12). Si usted desea ser lavado de sus pecados para poder estar de pie delante de Dios en un estado aceptable, tiene que venir a Cristo (Juan 14.6; Marcos 16.16). Según la Biblia lo dice, Él es nuestro Salvador.

ES EL CRISTO

Otro título que se le da a Jesús es el de el «Cristo», que quiere decir «el Ungido». «Cristo» en el idioma griego es lo mismo que «Mesías» en el idioma hebreo. El Nuevo Testamento identifica a Jesús como el Prometido, el Escogido de Dios.

Los profetas habían anunciado que un siervo especial de Dios venía:

Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno,

Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto (Isaías 9.6–7).

Miqueas había profetizado, «Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Miqueas 5.2). El Nuevo Testamento prueba que Jesús es Aquél a quien los profetas anunciaban como el que vendría.

Hacia el fin de Su ministerio terrenal, se dirigía Jesús un día con Sus discípulos a la región de Cesarea de Filipo. Andando por aquel camino, preguntó a Sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?». Ellos dijeron: «Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas» (Mateo 16.13–14). Al oír esta respuesta, Jesús les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». En esta oportunidad fue Pedro quien le contestó. Le dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16.15–16). Jesús le hizo un cumplido a Pedro por su respuesta. Le dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mateo 16.17). En otras palabras, lo que Jesús estaba diciendo era esto: «Pedro, no fue por lo que algún ser humano te haya dicho, que llegaste a esta conclusión. Esto es algo que has recibido del Dios de los cielos». Fue ésta, una revelación divina, no una deducción humana.

Piense en cómo el Nuevo Testamento se refiere a Jesús. Cuando lo llama «el Cristo», lo identifica como el que vendría, como el Escogido especial de Dios. No era el precursor del que vendría, era propiamente el que vendría. No era uno que anunciaba la venida del Escogido; era el cumplimiento de todas las profecías acerca del Escogido. No era uno que estuviese solamente

relacionado con el Escogido, era el Escogido mismo.

ES EL HIJO DE DIOS

También, a Jesús se le identifica en el Nuevo Testamento como el Hijo de Dios, el segundo miembro de la Deidad.

A Juan el Bautista lo escogió Dios para preparar el camino para el ministerio terrenal de Jesús. Hizo esta obra predicando el arrepentimiento y aplicando el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados (Marcos 1.4). Juan le indicaba a la gente que respondía a su predicación el camino que llevaba al Mesías que iba a venir. En su arrepentimiento y bautismo, la gente prometía recibir al Mesías cuando viniera (Hechos 19.4). Cuando Juan llevaba a cabo la misión que Dios le había encargado, la gente de toda Judea y de todos los distritos de alrededor del Jordán salían a él y eran bautizados por él (Mateo 3.5). Un día que Juan bautizaba a la gente en el río, se le apareció Jesús a orillas del Jordán. Juan no tenía certeza, en ese momento, de que Jesús fuera el Mesías (Juan 1.29–31) —pero sí tenía certeza de que era alguien superior a él. Esta situación propició que respondiera a la petición de Jesús diciendo, en otras palabras: «Necesito ser bautizado por Ti, ¿y Tú quieres que yo te bautice?». Jesús dijo, «Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia» (Mateo 3.15). Juan estaba haciendo la obra de Dios. Era un hombre enviado por Dios. Lo anterior causó que Jesús, quien deseaba ser completamente sumiso a la voluntad de Dios mientras estaba en la tierra, fuera bautizado por Juan. Se dejó hacerlo por obediencia —no porque tuviera pecados que necesitaran perdón, ni porque necesitara el arrepentimiento, tampoco porque necesitara recibir al Mesías cuando Éste viniera. Él era el Mesías; pero se sometía al bautismo de Juan para cumplir la voluntad de Dios, para cumplir toda justicia.

Cuando Juan sacó a Jesús de las aguas del bautismo,

el Espíritu de Dios descendió sobre Él como paloma. Cuando Juan vio este acontecimiento milagroso, se dio cuenta de que Jesús era el Mesías (Juan 1.32–34). Entonces, una voz de los cielos —la mismísima voz de Dios— habló diciendo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3.17). En este versículo del Nuevo Testamento está el testimonio de Dios de que Jesús es Su Hijo.

El apóstol Juan dijo que son tres los que han dado testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios. Dijo: «Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan» (1 Juan 5.7–8). El Espíritu Santo dio testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios al descender sobre Él como paloma cuando era bautizado. El Espíritu Santo también dio este testimonio en otras ocasiones narradas en los Evangelios. El «agua» debe de referirse al bautismo de Jesús, cuando el Padre declaró desde los cielos que era Su Hijo. La «sangre» a la cual Juan se refería debe de representar la muerte de Jesús. Los eventos milagrosos que acompañaron a la crucifixión dieron testimonio de la deidad de Jesús. Juan dijo: «Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo» (1 Juan 5.9). Si tres hombres íntegros estuvieran de acuerdo acerca de cierta verdad, aceptaríamos su testimonio sin titubeo alguno —y así también lo aceptaría cualquier tribunal de justicia del país. ¡Cuánto más deberíamos de aceptar el testimonio de Dios! Él ha dado testimonio acerca de Su Hijo —el testimonio del Espíritu (al presentarse como paloma al ser bautizado), el del agua (cuando la voz del Padre se escuchó en ese mismo momento), y el de la sangre (con los milagros ocurridos al morir).

¿Quién es Jesús? Las Escrituras no dejan duda alguna al respecto. El Nuevo Testamento enseña claramente

que Jesús es el Hijo de Dios. Esto quiere decir que no podemos tratarlo con indiferencia. La indiferencia para con Jesús equivale a indiferencia para con Dios.

ES EL SEÑOR

Además, el Nuevo Testamento le da el título de «Señor» a Jesús. Él es nuestro Gobernante Supremo, quien tiene toda la autoridad de Dios.

Después de Su resurrección, Jesús se apareció a los apóstoles, demostrando así que realmente había resucitado de entre los muertos. Jesús dijo a sus discípulos:

Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén (Mateo 28.18–20).

Diez días después de la ascensión de Jesús al Padre, el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles. En ese día, el día de Pentecostés, Pedro habló a una gran multitud que se había reunido. Dio pruebas de que Jesús es el Cristo. Al alcanzar el punto culminante de su sermón, les pidió a sus oyentes que aceptaran como conclusión que Dios había hecho a Jesús «Señor y Cristo» (Hechos 2.36). Pablo, después de describir la manera como Jesús se humilló para hacerse hombre y obedeció hasta la muerte, escribió:

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2.9–11).

También escribió Pablo acerca de Jesús, que Dios «sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Efesios 1.22–23).

¿Qué significa para nosotros el Señorío de Jesús, según el Nuevo Testamento? En la práctica, significa que debemos someternos a Él. Jesús reclamó: «¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6.46). Además, advirtió: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7.21). ¿Está usted dispuesto a someterse a las enseñanzas de Cristo? Otra consecuencia, es que debemos darle prioridad a Cristo en nuestra vida, es decir, darle nuestra lealtad y amor. Es el único Señor acreditado por el cielo, y debe, por lo tanto, ser el único Señor entronizado en nuestro corazón.

Alguien dijo: «En el corazón de toda persona hay una cruz y un trono. Si me siento yo en el trono, obligo a Cristo a ocupar la cruz. Si dejo que Cristo ocupe el trono, deberé ponerme yo mismo en la cruz». Nadie puede tener dos señores. Si uno se somete al Señorío de Cristo, tiene que renunciar a su propia voluntad y deseos. Nadie puede tener dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro (Mateo 6.24).

El Nuevo Testamento dice que Jesús es Señor. Dios ha sometido todas las cosas bajo Sus pies. El es Rey de reyes y Señor de señores.

CONCLUSIÓN

¿Quién, pues, es Jesús? El único libro completamente cierto que hay en el mundo, dice que Él es nuestro Salvador, el Cristo, el Escogido de Dios, el Hijo de Dios, y nuestro Señor. Esta es la verdad acerca de Él. Usted no tiene que esperar a que se hagan más investigaciones

para poder tener certeza acerca de quién es Jesús. La Biblia nos dice la absoluta verdad acerca de Él.

La venida de Jesús al mundo, dividió la Historia en dos partes: una anterior a Cristo y la otra posterior a Cristo. Mateo 25.31–46, dice que Él dividirá la especie humana en dos grupos: los salvos y los perdidos. Pilato creyó que Jesús estaba delante de él para juzgarlo; pero en realidad era Pilato quien estaba delante de Jesús para ser juzgado. En el último día de la Historia, los salvos estarán a la diestra del trono de Jesús, mientras que los perdidos estarán a la izquierda de Su trono. Su respuesta a Jesús determinará a qué lado del trono estará usted. Por medio de la salvación sólo a la diestra se puede estar. Él dijo, «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14.6). Usted sólo tiene dos caminos: venir a Dios por medio de Jesús, o sufrir condenación eterna. Él vino para que tuviéramos vida (Juan 10.10); sin Él, permanecemos en muerte eterna.

Jesús nos invita a acudir a Él para que tengamos la salvación. Otros líderes religiosos, en cambio, lo invitan a venir a sus sistemas o a sus enseñanzas. Sólo Jesús, el Hijo de Dios, puede invitarlo a venir a Él. Esto fue lo que dijo: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11.28).

PREGUNTAS DE ESTUDIO *(respuestas en la página 262)*

1. ¿A qué se refiere la palabra «salvador»?
2. ¿En qué sentido es Jesús un Salvador singular?
3. ¿Qué quiere decir la frase «el Cristo»?
4. ¿Cómo sabemos que Jesús es el Hijo de Dios?
5. ¿A qué se refieren el Espíritu, el agua y la sangre en 1 Juan 5.7–8?
6. ¿Qué conclusión acerca de Jesús, les pidió Pedro a sus oyentes que aceptaran, en Hechos 2?
7. ¿Qué significado tiene para nosotros el Señorío de Jesús en la práctica?

<u>LA IGLESIA NEOTESTAMENTARIA</u>		
FUNDADOR: CRISTO Mateo 16.18	LUGAR: JERUSALÉN Isaías 2.3; Hechos 2.5, 47	FECHA: 33 D.C. Hechos 2
ORGANIZACIÓN Filipenses 1.1	ANCIANOS: Tit. 1.5; 1 P. 5.1-3; Hch. 20.28; 1 Ti. 3.1-7; DIÁCONOS: Hch. 6.1-6; 1 Ti. 3.8-13; MIEMBROS: Hch. 2.41-47; Col. 1.13; 1 Co. 1.2	
DESIGNACIONES DE LA IGLESIA Efesios 3.15	LA IGLESIA: Col. 1.18, 24; EL CUERPO DE CRISTO: Ef. 1.22-23; EL REINO: Hch. 8.12; LAS IGLESIAS DE CRISTO: Ro. 16.16; LA IGLESIA DE DIOS: 1 Co. 1.2; Hch. 20.28; LA FAMILIA DE DIOS: Ef. 2.19; LA CASA DE DIOS: 1 Ti. 3.15; LOS DISCÍPULOS DEL SEÑOR: Hch. 9.1; TEMPLO DE DIOS: 1 Co. 3.16; LA CONGREGACIÓN DE LOS PRIMOGÉNITOS: Hb. 12.23	
DESIGNACIONES DE LOS CRISTIANOS Efesios 3.15	DISCÍPULOS: Hch. 11.26; SANTOS: 1 Co. 1.2; Fil. 1.1; HIJOS DE DIOS: Gá. 3.26; 1 Jn. 2.1; HERMANOS: Lc. 8.21; Gá. 6.1; CRISTIANOS: Hch. 11.26; 26.28; 1 P. 4.16	
CREDO	JESUCRISTO: Mt. 16.16-18; Hch. 8.37	
REGLA DE FE Y PRÁCTICA: LA PALABRA DE DIOS	TODA LA AUTORIDAD: Mt. 28.18-20; Ro. 1.16; Hb. 4.12; GOBIERNO DE LA IGLESIA: 2 Ti. 3.16-17; 2 P. 1.3; SIMIENTE DEL REINO: Mt. 13.3; Lc. 8.11; ESPADA DEL ESPÍRITU: Ef. 6.17	
ADORACIÓN	CANTO: Col. 3.16; ORACIÓN: 1 Ts. 5.17; ENSEÑANZA: Hch. 20.7; COMUNIÓN: Hch. 20.7; 1 Co. 11.23; OFRENDA: 1 Co. 16.1-2	
MISIÓN	SALVAR ALMAS: Mt. 28.18-20; Jn. 6.45; Ef. 3.10; 1 Ti. 4.16	
ADVERTENCIA	PERMANECER EN LA VERDAD: Gá. 1.6-8; Mt. 15.9, 13; 2 Co. 11.3; Ap. 22.18-19; 2 Jn. 9	